

## NECROLOGIA

Próximo á cumplir 63 años, falleció inesperadamente, el día 19 del actual, víctima de violenta enfermedad, el Sr. Médico Farmacéutico,

### D. MANUEL URBINA Y ALTAMIRANO.

Fué uno de los socios fundadores de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, en la cual desempeñó cumplidamente el cargo de Tesorero por varios años, y los de Vicepresidente y Presidente en un cierto período: respectivamente, en cada puesto, con recto criterio y acrisolada honradez.

Amante de la discusión que tenía por objeto el esclarecimiento de algún hecho científico, ilustraba verdaderamente, con su buen juicio y extensos conocimientos, los asuntos de esta índole, puestos al debate.

Su lamentable muerte vino á colmar la medida de las crecidas pérdidas acaecidas en el corto período de 10 años, entre los miembros más conspicuos de la Corporación.

La nueva época luctuosa, refiriéndome á la que acabo de señalar, ha sido una larga cadena funeraria, cuyos eslabones, por orden de fallecimiento y entre los funcionarios únicamente, los han formado las siguientes personas: Antonio del Castillo, Joaquín Arriaga, Mariano de la Bárcena, Alfonso Herrera, José N. Roviroso, José Ramírez, José C. Segura y Manuel Urbina y Altamirano.

Otros más anteriores, de grata recordación y que llevan un nombre ilustre, fueron: Gumesindo Mendoza, Leopoldo Río de la Loza, y el más modesto de Miguel Pérez.

Comprendiendo á todos los socios, la pléyade de los desaparecidos alcanza un buen número, y dejando cada uno de ellos, en sus respectivas secciones, un vacío irreparable.

La Sociedad está ahora convertida en una verdadera necrópolis; así, pues, no es de extrañar la plena decadencia á que ha llegado, no bastando para remediarla, el ingreso de algunos nuevos socios, tan competentes como laboriosos. Con su valiosa cooperación se procura, no obstante, reorganizarla; si esta buena intención nodiese al fin el resultado que se desea, me quedará el desconsuelo de verla morir, ó como decía en solemne ocasión uno de nuestros festivos escritores: de apagar la última vela del tenebrario.

\*  
\* \*

Al día siguiente de su fallecimiento, fué sepultado en el Panteón de Dolores, y el suscrito, comisionado por la Dirección del Museo Nacional, para tomar la palabra en tan aflictivo momento, le dirigió el último adiós en los términos siguientes:

SEÑORES:

Profundamente conmovido en el luctuoso acto que desempeñamos, hago pública y respetuosa manifestación de condolencia, en nombre del Señor Subdirector y empleados del Museo Nacional, ante el cadáver de nuestro infortunado y benemérito compañero Manuel Urbina y Altamirano; quien por largo tiempo dió lustre y prestigio al Establecimiento, consagrando á su servicio los mejores años de la vida. Con el alma, deposito reverente en esta tumba, que permanecerá siempre abierta, la corona de inmortales que las Corporaciones sólo otorgan á las distinguidas personalidades que por fallecimiento desaparecen de su seno.\*

Permítasele ahora, al amigo, señores, el expresar unas cuantas frases justicieras y cariñosas.

Renuévase en mí, con mayor intensidad, la dolorosa impresión que ha poco tiempo conturbó mi espíritu, con la sensible pérdida de un amigo predilecto; pues otro hondo pesar viene ahora á quebrantarlo, por igual motivo, haciéndome más penoso todavía, en su última etapa, el duro camino de la vida.

Desapareció para siempre, bajo el rudo golpe de fatal destino, el que desde la juventud fué para mí, un querido amigo, un docto compañero en perseverantes labores consagradas al estudio de la naturaleza, un hombre que sacrificaba todo al deber y para quien su cumplimiento era una religión: la que jamás abandonó, ni en los supremos momentos de la final partida.

Cubierto con el negro sudario de la muerte, tenemos ante nuestros ojos el helado cuerpo, al que animaba en vida cultísima inteligencia, á la vez que se arraigaba en el fondo de aquella alma, austera y legendaria probidad transmitida de abolengo; del ameritado y sabio Profesor de Botánica del Museo Nacional, por más de 25 años, estando á la vez al frente de su Dirección durante larga época, con ejemplar asiduidad y espíritu progresista; del que regenteó con singular acierto y dedicación, en dilatado período de tiempo, la clase correspondiente á la citada asignatura en la Escuela Nacional Preparatoria: este fué el Médico Farmacéutico Manuel Urbina y Altamirano. ¡Pobre Manuel! murió, cuando aún lleno de ilusiones, espigaba con afán ricas simientes en el ameno campo de la ciencia que cultivaba.

Numerosos fueron sus trabajos científicos, que lo colocaron en encumbrado puesto entre los cultivadores de las ciencias naturales patrias, y que han recibido plena y autorizada sanción de los muy distinguidos sabios extranjeros que igualmente las cultivan.

¡Descansa en paz, querido amigo, en el seno del Omnipotente, y recibe el cumplido homenaje que te mereces, de quienes tributan culto al saber y á la virtud, y á todas luces justificado, por tu fructuoso y acendrado amor al estudio y las relevantes cualidades que estuvieron en ti encarnadas!

He dicho.

México, Julio de 1906.

Manuel M. Villada.

\* Se agrega esta parte del discurso que no fué pronunciada en el Panteón, por olvido del manuscrito.